

# El día en que maté a mi psicoanalista

Margarita Peña

*En este relato de la autora de El amarre, una historiadora, durante una estancia de investigación en Quebec, asiste a una conferencia que la deja impresionada. Quien la imparte es un personaje excéntrico, un profundo conocedor de la historia de la alquimia. Este hombre se convierte en el tutor espiritual de la protagonista, hasta que un curioso episodio provoca la ruptura.*

*Si vivimos en varias dimensiones,  
¿en cuál sueño que hago el amor contigo?*

IGNACIO SOLARES, *Minucias*, 11 de octubre de 2016

Fue en el centro del Plateau, al pie de la montaña... Debo decir, antes de iniciar mi relato, antes de que se me olvide, que mis impulsos afectivos hacia ese personaje, por demás curioso, que fue durante varios meses mi interlocutor, mi tutor espiritual (por no decir mi gurú), surgieron cuando lo escuché hablar de alquimia en una conferencia que pronunció ante un auditorio básicamente femenino. En esa ocasión se explayó durante casi dos horas en el tema de la alquimia y su historia. Los egipcios, los griegos y romanos. Hermes Trismegisto, Mercurio, los alquimistas medievales y la piedra filosofal. Al final de la sesión nos había instruido respecto a la "obra negra" implícita en el acto de convertir la materia vil en oro puro. Comparó la obra negra alquímica con el arduo proceso psicoanalítico. Mencionó, claro, el li-

bro de Marguerite Yourcenar. Confieso que me fascinó que se refiriera al alma. Actualmente ya nadie se acuerda del alma, a nadie le importa (ni la propia ni la ajena). En varias ocasiones mencionó la alquimia del alma. Fue entonces cuando tuve el impulso de acercarme a él para saber más de ese curioso y arriesgado proceso que es convertir el alma desgarrada, hecha jirones, gastada, en algo nuevo y resplandeciente. Fue entonces cuando, venciendo mi timidez, me atreví a pedirle una cita. Me la concedió de inmediato, para el lunes siguiente. Durante todo el fin de semana no logré pensar más que en la alquimia. Sin embargo, no asistí a la cita. El lunes, farfullé por teléfono una torpe disculpa y colgué. De pronto me sentía temerosa, por no decir aterrada. Poner el alma en manos de un extraño... pero acabaría por hacerlo.

La calle Mont-Royal en la ciudad que se conoce con el nombre de Ville-Marie, en Quebec, es una de las más bellas. En las tardes de verano los escaparates brillan bajo el sol intenso, repletos de toda clase de objetos atrayentes:

pinturas, libros nuevos y de ocasión, frutas y legumbres artísticamente apiladas en montañas de colores variados; antigüedades, piedras preciosas y semipreciosas, ropa de la estación y de segunda mano, como los libros. Caminar por las aceras, desiguales en algunas partes, junto a los maples intensamente verdes equivale a la sorpresa y el descubrimiento. Por supuesto, abundan los restaurantes, los cafés en donde se pueden leer los periódicos del día en grato ejercicio informativo, sorbiendo a pequeños tragos un café perfumado al ron. O comer a la italiana, a la tailandesa, a la griega. Me gusta en especial un “restó” (como ahí se les llama a los lugares informales) en el que hay un piano, pinturas de artistas locales colgadas en los muros, hombres que juegan ajedrez sobre las mesas hasta la hora en que el lugar cierra, y en la cocina preparan una sopa de cebolla gratinada exquisita, buena para los fríos otoñales. En la fachada, sobre la puerta, puede verse una enorme araña de vidrio que por las noches brilla con luz neón, y debajo de ella, en letras

más bien pequeñas, el nombre del lugar: “Le Disparu”. Nombre por demás contradictorio pues el restaurante no suele desaparecer, no se mueve nunca de allí. A lo largo de la calle hay zapateros, médicos más bien modestos (algunos, coreanos o vietnamitas, practican la medicina naturalista); tiendas que exhiben maletas y bolsas de mano. Caminar por la tarde o la noche a lo largo de la Avenue Mont-Royal es descubrir el “Plató”, el barrio de escritores, pintores y bohemios, más agradable incluso que el Quartier Latin parisense (que padece de exceso de punks y olor a droga); o el centro de Ville-Marie (calles Stanley, Peel...) repleto de rascacielos, cines, grandes almacenes, turistas y casas de cambio. El Plató es Michel Tremblay (que vive frente al Parc Saint-Louis) y sus novelas casi siempre son de tema homosexual; es Denise Boucher, sus controvertidas obras de teatro y su departamento espacioso repleto de esculturas; las *fripperies* desbordantes de ropa usada en venta; la iglesia de la Virgen del Santísimo Sacramento con sus arcadas neorrenacentistas, el Santísimo permanentemente expuesto y su reconfortante silencio. Es la montaña —la antigua Hoche-laga que divisara Jacques Cartier en 1534— oscurecida por su tupido follaje, amenazadora y protectora al mismo tiempo, bastión que domina el río, las calles, el paisaje, la cruz en la cima. Es “Jesús de Montreal” en el año 2000.

Caminar por la Avenue Mont-Royal bajo el cielo tenuemente azul salpicado de nubecillas blancas en verano, o en el rojizo otoño es, en suma, una bendición.

Ahí, cerca de la pastelería Brucelense, de la araña del “Disparu”, se encuentra el lugar en el que algunos se reúnen al caer la tarde para escuchar las disertaciones sobre los misterios de la alquimia y los laberintos del alma. Hasta allí llegué yo también, una de tantas tardes.

Cuando Gastón (por darle algún nombre) me dijo que vivía en el Plató mismo, visualicé automáticamente una calle como la de Saint-Hubert, con casas de escaleras adosadas a la fachada de ladrillo rojo junto a frondosos árboles. Cuando finalmente, después de mucho pensarlo, emprendí el camino a la calle Saint-Vladimir en un caluroso mediodía, pensaba encontrar un lugar más o menos pintoresco, a lo mejor frente a un parque, con casas alineadas como cubitos rojos, pórticos diminutos y macetas llenas de plantas. Seguí cuidadosamente las instrucciones que él había garrapateado en el borde del periódico. La letra pequeña; rasgos inacabados, huidizos, quizá debido a la pequeñez del papel. El Metro me llevó hasta una estación, una esquina solitaria en la que tres o cuatro personas hacían cola esperando el autobús que conecta con el Metro. Me coloqué en la fila y aguardé tranquilamente. No sabía exactamente en dónde me encontraba, cuánto tardaría en llegar el autobús, si la dirección anotada quedaba todavía lejos, si lograría llegar a la hora de la cita. Tampoco había quedado definido si se trataba de una estricta sesión de terapia



Baro Urbigerus, *La divina agua mercurial*, 1705

o de reunirnos para conversar sobre hermetismo, cábala y esas cosas (que me apasionan). Al llegar a la parada del autobús bajé también de las nubes de mis especulaciones. El trayecto había sido corto. Me encontraba ahora en una calle bordeada por un lado de edificios, por el otro de vastos terrenos desiertos y que colindaba con una zona de construcciones aparentemente abandonadas. En los alrededores no se veía un alma. La hierba crecía descuidadamente en los terrenos baldíos de la izquierda y sólo algunos carteles que anunciaban conciertos de rock ponían la nota humana en un paisaje urbano desértico. Llegué al edificio de ladrillo de cuatro pisos que hacía esquina con otra calle, esa sí, de típico color local: pórtico, cornisas de madera en las ventanas, escaleras que trepaban en zigzag sobre la fachada. La entrada al edificio, polvorienta tras los cristales de la puerta principal, con papeles y cajas vacías amontonadas sobre el suelo, daba la impresión de que el lugar estuviera abandonado. Enfrente, el baldío con sus carteles regados de eventos pasados y sobre ellos algunos grafiti. Sin pensarlo más, oprimí el timbre del departamento número 7. Luego, empecé a subir la escalera del edificio que pasaba ante puertas cerradas en el más absoluto silencio. Tenía, más que antes, la sensación de no saber en dónde me encontraba, ni en qué me estaba metiendo. A un tiempo sentía expectación, recelo y, debo decirlo, algo de temor. Como si corriera un gran riesgo, como si pretendiera atravesar el Niágara en bicicleta...

Hizo que me sentara frente a él en una cómoda mecedora y me miró, guardando silencio. Empecé a hablar, simplemente para llenar el vacío. Él no decía palabra. Era obvio que no se trataba de conversar sobre Hermes Trismegisto, la Yourcenar y esas cosas. Un gato, negro y esponjado, salió de las habitaciones del fondo y después de frotarse contra sus piernas, se acercó a olfatearme para alejarse luego, displicente. Había libros y polvo, cortinas entrecerradas, semioscuridad y un póster en tecnicolor de un gran sarcófago en cuyo interior dormía una momia de sexo femenino; ¿Cleopatra; Neferiti, la casi desconocida...? Rompió el silencio tan sólo para pedirme que le contara algún sueño reciente. Lo obedecí y le narré algo sobre mi ex marido, a quien en efecto, había visto en sueños la noche anterior: un escenario en la tierna luz vespertina, un lugar abierto que, evidentemente, no era Ville-Marie. Al playearme salió parte de la historia de un matrimonio terminado hacía quince años. Vino, luego, la interpretación del sueño. Él no entendía, claro, algunas situaciones y tuve que explicárselas, por lo que acabé desnudándome casi por completo ante ese extraño de ojos claros y mirada bondadosa. Luego, inducida por él, narré un sueño bastante absurdo relativo a alguien de mi familia. Segundo autogol: ¡Gastón se enteraba de cosas muy privadas en la primera sesión! Y de él yo no sabía nada más que se lla-

maba Gastón B. y que tenía conocimientos muy amplios sobre temas de mi predilección. Era esto lo que me había llevado hasta él. Y por lo que podía deducir de este primer encuentro, era un hombre solo, aunque no forzosamente soltero, que vivía en algo menos que una medianía dorada en nada semejante a la que preconizara fray Luis de León. Una especie de ermitaño apasionado por el saber. Hablaba yo sin parar, tratando de tocar los puntos en que coincidíamos: las culturas antiguas, los druidas, las runas. Pude averiguar algo que ahora me parece irrelevante: compartíamos el mismo signo zodiacal, él a principios, yo a finales de signo. Pero nuestras diferencias eran evidentes... De acuerdo con la teoría de los humores, yo soy sanguínea, él flemático. Me atreví a decirle que me parecía melancólico, saturniano. Estuvo de acuerdo. Le placía que alguien lo observara con interés. Pero en lugar de dejar la lupa sobre mi robusto y rubio amigo, me dio por seguir contando amores y desamores. No entiendo mi afán absurdo de enterarlo de una vida que le era completamente indiferente. Pasaron casi dos horas. Cuando tomé el autobús de regreso experimentaba un fuerte malestar. Había expuesto pedazos de mi vida ante una mirada ajena, sin pudor alguno de mi parte y sin precaución, como en una especie de *strip-tease* compulsivo. Sus intervenciones a lo largo del relato de mis sueños me invitaban sutilmente a seguir adelante. Me sentía atrapada, abusada. ¿Era esa, acaso, la "obra negra" de los alquimistas medievales?

Por aquellos días exhibieron en uno de los cines de Ville-Marie una película que causó polémica: *Baise-moi*. En buen castellano, "Cógeme". Mucho sexo y violencia, para variar. Pero aquí son las mujeres quienes humillan y matan a los hombres en venganza por haber sido golpeadas, vejadas, violadas. La revancha es tan sangrienta que me recordó aquella tragicomedia de Tirso de Molina, *La ninfa del cielo*, en la que la protagonista, burlada por un Don Juan de paso al que da albergue, se convierte en bandolera que, según el dramaturgo, cobra venganza dando muerte a ¡cuarenta hombres en un día! ¿Hipérbole barroca, reivindicación feminista en Tirso, supuestamente hijo bastardo de algún noble? El caso es que Karen Bach y Raffaëlla Anderson, desinhibidas, semidesnudas y ávidas de sangre matan hombres a granel tras seducirlos... y desplumarlos. Una pareja femenina mortífera: Lilith y Jezabel, Circe y Medea, Thelma y Louise. Al salir del cine, esa noche, en la calle Sainte-Catherine una manifestación de más de mil almas desfilaba en la lucha contra el SIDA. En el Parisien, un festival de cine gay. Reivindicaciones complementarias.

Me veía precisada a salir de la ciudad por cuestiones de trabajo. Durante la siguiente sesión expliqué a G. detalladamente lo que iba a hacer, a quién vería, cuánto tiempo iba a quedarme. Al abandonar el departamento oscuro sentí, de nuevo, una gran incomodidad: ¿por qué

darle cuenta de mis pasos? ¿Por qué exhibir ante él mis actividades, ocupaciones? No podía controlar el impulso de contar, de confiarme. Me detesté a mí misma. Fuera ya de la ciudad, a bordo del autobús, me dediqué a pensar en él. Luego, tendida sobre la cama en la cómoda habitación del Hôtel de la Chaudière, frente al río grisáceo y los árboles que empezaban a pintarse de ocre y rojo, deseaba que estuviera allí, conmigo, viendo alguna película en el televisor. Conversé con él cuando miraba el río, en la mañana, en la noche. Ignoro si mis vibraciones lo hayan alcanzado. Estuve a punto de descolgar el teléfono y llamarlo. Pero no tenía nada que decirle. ¿Acaso, que no dejaba de recordarlo y deseaba tenerlo ahí mismo, en mi habitación, en mi cama? Hubiera sonado vulgar. Visité el museo del lugar varias veces, fantaseando que él estaba a mi lado. Se había convertido en mi punto de referencia... mi hombre. A lo largo de la semana vi a mucha gente. Varias invitaciones a cenar. En cada ocasión me preguntaba cómo sería si él estuviera ahí. Claro que no pude asistir a su conferencia de los viernes. Me sentí como si hubiera faltado a misa, o a la escuela dominical. Había transgredido. A mi padre no le habría gustado mi ausencia.

Durante el viaje de regreso a Montreal en auto, la charla de Enrique me arrancó de mis pensamientos. Joven funcionario de la embajada a quien había conocido cuando él era aún adolescente, sobrino de una amiga mía. Hicimos recuerdos de ella y afloraron las confianzas. Era como conversar con uno de mis sobrinos. No me acordé de Gastón para nada. Al llegar a Ville-Marie, como que lo vislumbré de nuevo. Y no porque viviera cerca del lugar por donde circulábamos, ya que la calle Saint-Vladimir se hallaba exactamente al otro extremo de la ciudad. Pero el entorno lo devolvía a mis ojos. Como si la ciudad *fuera* él. Al llegar a la calle Sherbrooke subí a mi departamento para cambiarme rápidamente y dirigirme al coctel que se ofrecía en la exposición de un pintor famoso. Entre tanta gente experimenté el vacío usual, el de otras veces. Y, claro, pensé en él. Algo que habíamos repasado durante las sesiones (además de los sueños) era mi crónica tendencia a sentirme ajena a los grupos, sola entre la gente. Yo, mirando desde afuera a los que se arremolinaban en el lugar. Incluso, había llegado a soñar con eso. Me dije que le telefonaría por la noche, para contarle, pero lo descarté inmediatamente. Habría sido totalmente inadecuado.

Apenas pude esperar a que llegara el lunes. Cuando subí hasta su guarida, la puerta ya estaba abierta. Gastón apareció, emergiendo de las habitaciones del fondo como un gran oso. Me senté muy erguida y le tendí el libro sobre los vikingos que había comprado para él en el Museo de Ottawa, y esperé su reacción. Lo agradeció, sorprendido. Comentó que su familia tenía ascendencia vikinga, provenían de Normandía. Tomé, para variar,

la palabra, pero ahora con cautela. Decidí no contar más sueños que me ponían al desnudo frente a él. De hecho, había dejado de soñar, como si una especie de bloqueo me protegiera temporalmente de insospechados riesgos. La verdad es que él ya sabía mucho sobre mí, mientras yo no sabía absolutamente nada de él. Era, para mí, una mente llena de conocimientos plantada sobre un cuerpo sólido. Hasta ahí. Pero, ¿y su vida? ¿Tenía hijos, esposa, padres? ¿Había viajado? ¿Se había enamorado, había sufrido? ¿Era feliz? Puras incógnitas. Así que me fui por las ramas, relatando mi viaje reciente. Creí percibir un gesto de disgusto cuando le platiqué lo feliz que había estado en la fiesta de la embajada, oyendo a los mariachis y bailando. Seguramente le pareció algo banal. Y lo era. Pero no pude dejar de añadir que bailar representaba para mí una liberación, una manera de llegar a un cierto punto de plenitud física. En suma, me hacía feliz. Se lo dije, permaneció impávido. Me dediqué entonces a mirar la duela del piso y la alfombra polvorienta: el lugar necesitaba una buena barrida, sacudida, una limpieza en suma. Gastón, esa tarde, estaba taciturno, acatarrado. Me permití recomendarle que se cuidara, que se preparara un té. Hizo un gesto de fastidio. Estuve a punto de proponerle una buena friega “arriera” como las que solían dar mi madre y mi abuela. Yo tenía buena mano. Algún día había propinado una a mi sobrino. La verdad es que deseaba tocarlo —a mi psicoanalista, se entiende—, acariciar su espalda, sus hombros. Por suerte me detuve a tiempo. Me di cuenta de que se aburría y se me heló la sangre de pensar que podía suspender la sesión por su dichosa gripa. O peor aún, que me anunciara que no nos íbamos a seguir viendo en vista de que yo ya no soñaba. Así es que rápidamente inventé un sueño: “Me veo en una ciudad desconocida, de arquitectura colonial, o arquitectura oriental, no sé bien. Formo parte de un grupo de excursionistas que me dejan atrás, rezagada. ¿O acaso voy sola? Entro a lugares suntuosos, como catedrales o palacios. Pero no los disfruto, creo que me he perdido. De pronto, aparece mi hermana, ella también está en la excursión. Hay que apresurarse, se va el autobús, debemos abordarlo junto con el grupo. Ella camina rápidamente, desaparece. Empiezo a forzar la marcha, llego hasta unos portales en donde el autobús nos espera. Es inútil, parten sin mí. Desolada, desde la banqueta veo que mi hermana se asoma a la ventanilla. Le hago señas, inútilmente. El autobús se desvanece, el sueño termina”. El sueño, inventado, se alimenta de la realidad: el distanciamiento con M., los años sin vernos y el que ella falleciera poco antes de mi viaje a Ville-Marie... De hecho, estaba recomponiendo nuestra historia, la historia con Madeleine, mi única hermana, que se fugó al más allá poco antes de que yo emprendiera el viaje en el que conocí a Gastón... La evidencia del recuerdo me golpeó. Deci-

dí, de pronto, que no quería inventar más sueños que me enfrentaban a recuerdos dolorosos. Ante su adormilamiento evidente, me incorporé, tomé mis bártulos y bajé casi precipitadamente la retorcida escalera que conducía a la salida del edificio. Ya en la banqueta, aspiré con todos mis pulmones el olor de la tarde. El rostro fantasmal de mi hermana, inventado, imaginado, me siguió hasta llegar a mi departamento, en la zona moderna de la ciudad, cerca del San Lorenzo.

Los expertos dicen que es distinto el amor del enamoramiento. Hay que saber distinguir entre ambos, para no perder la cabeza. En mi caso, se trataba de un enamoramiento de un hombre que llenaba mis expectativas: atractivo, culto, sabio... misterioso y aparentemente, solo. Sin mujer, niños, ni familia alguna. Al menos, eso parecía, eso era lo que yo quería creer.

Se acortaba el tiempo de mi estancia en Ville-Marie. Había cumplido con mi compromiso, había traducido la novela de Sandrine: la versión al español estaba concluida. Había también “peinado” los archivos locales siguiendo las huellas de los misioneros jesuitas en Quebec: el padre Lalande, el padre Breboeuf, verdaderos mártires que llegaron hasta la corte de Luis XIV mostrando sus mutilaciones y heridas como prueba más que convincente de la necesidad de evangelizar a los salvajes algonquinos, hurones y demás “naciones” de la remota América del Norte. La investigación en la biblioteca de

la Rue Saint-Denis me había enfrentado a indios salvajes, misioneros sufrientes, cortesanos insensibles y burlones. Las imágenes entrevistas en manuscritos y cartapacios colocados en la mesa de trabajo por bibliotecarios sorprendidos ante mi insistencia y mi diario trajinar entre los ficheros de nogal se habían colado en mi agenda mental. Ellos, como que no me ubicaban, les parecía quizás un poco “tocada” por los temas, mis obsesiones (una de ellas, Kateri Tekakwitha, la santa que perseguí con fervor en bibliotecas, iglesias, hasta llegar al pueblo mismo de Kahnawake en donde está enterrada). Pero mi obsesión mayor, Gastón, me retenía ese otoño casi invierno en el que una primera nevada de copos menudos caía sobre la banqueta de la rue Saint-Vladimir a pesar del tenue sol de la tarde. Toqué el timbre, sonó el interfón, se abrió la puerta. Subí mecánicamente las escaleras hasta el segundo piso.

Ahora fue él quien tomó la palabra. Sin esperar a que me quitara el abrigo y me sentara. De pie yo todavía, sin mayor preámbulo, me espetó una historia, o dos más bien, que todavía no alcanzo a creer. En la primera, una joven paciente, hacía tiempo, se había enamorado de él al punto de presentársele un día vestida de novia (traje de raso un tanto amarillento, azahares en el cabello, velo maltratado, con algún desgarrón incluso), ofreciéndose a él de por vida y conminándolo a dirigirse con ella al registro civil o a la iglesia más cercana para recibir la



D. Stolcius von Stolcenberg, *Hermes Trismegisto y el fuego creador que une las polaridades*, 1624



Heinrich Jamsthaler, *El huevo filosófico*, 1625



Achille Bocchius, *Hermes-Mercurio*, 1555

bendición de un sacerdote (en Ville-Marie el catolicismo es fuerte). Tomada de sorpresa, debo confesar que me dieron deseos de reír. La analizada era yo, no él... ¿a qué venían esas confianzas? Y era algo tan inverosímil, tan grotesco, algo inventado... Porque, evidentemente, se trataba de una pura invención. Me alarmé. Ahora que de ser cierto... en ningún momento pronunció el diagnóstico obligado: “esquizofrenia...”. Y luego, sin transición alguna, como empujado por una necesidad de espetarme dos revelaciones, o dispararme dos balazos, continuó con la historia de aquel joven paciente que lo amenazó con un rifle (enamorado también de él, supongo) y luego, en vista de su indiferencia, optó por apostarse noche tras noche frente a la fachada del edificio, con el rifle al lado...

Escuché con atención. Me aterraba que él creyera en lo que contaba. O que fuera real y él no hubiera hecho nada por derivar a ambas víctimas (sí, víctimas de su narcisismo, su vampirismo, lo vi claro) a un hospital psiquiátrico. Lo narraba con tranquilidad, como si se tratara de dos hazañas, dos puntos a su favor. Con una indiferencia psicótica. De pronto se esfumaron mis fantasías, mis expectativas, mi enamoramiento. Me vi ante un seductor envejecido; un Tenorio del diván tanteando terreno, o más bien avanzando ya, sobre la siguiente víctima que amenazaba con despedirse y partir, dada su condición de extranjera... Partir inerte. Por lo demás, era la última cita. Fingiendo tranquilidad, con gran aplomo, escuché hasta el final, lo felicité por sus pacientes “tan curiosos y originales”, le pedí su dirección postal, coloqué el billete con el importe de la sesión sobre la mesa, bajo la polvorienta carpeta de crochet; me incor-

poré, le tendí la mano y bajé la escalera aferrándome al barandal con un desagradable cosquilleo en el cuello —posible huella de una sutil mordedura de vampiro— hasta llegar a la banqueta.

Ya en el taxi, de regreso a casa, desde el asiento trasero contemplé la nuca maciza del conductor árabe, los brazos fuertes de un trabajador del volante. ¿Qué esperaba Gastón de mí? De acuerdo con sus relatos... ¿que me ubicara acaso, día y noche, en la parada del autobús frente a su ventana, en una vigilia desesperada? ¿Que me presentara en una de sus sesiones de los viernes en el Plató con mi abrigo azul con cuello de terciopelo y mi maleta en la mano, declarándole en público mi pasión, invitándolo a venir conmigo a México... o a visitar juntos las ruinas de Paquimé en Casas Grandes? Para burla del público asistente y satisfacción de su narcisismo. Me reconfortó la visión de un hombre normal: el chofer del taxi.

De regreso en mi país, meses después, recibí una cartita en la que con letra pequeñísima, apenas legible me decía, o creí leer, algo así como que lo mejor para mí fue haber dejado Ville-Marie. Por supuesto... Ese día acabé de golpe con mis fantasías, acabé con él; como si le hubiera dado un tiro al psicoanalista ocasional. ¿O fue él quien con sus descabellados relatos acabó conmigo?

Sin embargo, veo de reojo los cassettes de sus conferencias con su rostro de vikingo impreso, junto a mis libros; escucho a veces en la cinta su voz calmada, profunda, y me siento tentada a volver y tocar el timbre del edificio de la rue Saint-Vladimir. **U**

Relato perteneciente al libro *Laguna Estigia. Cuentos de desamor*.